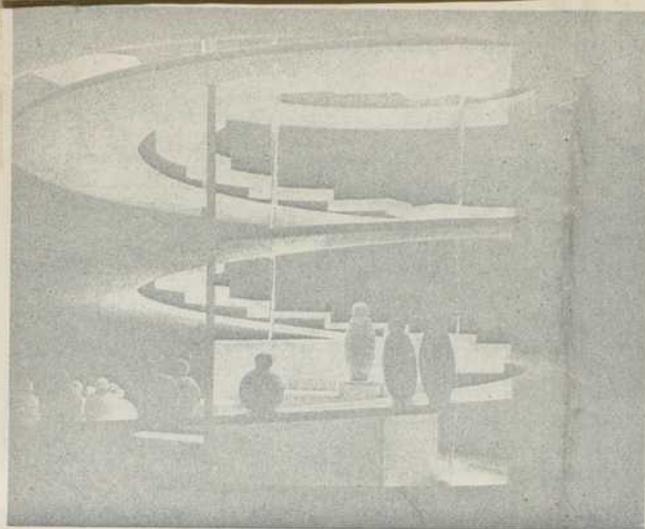
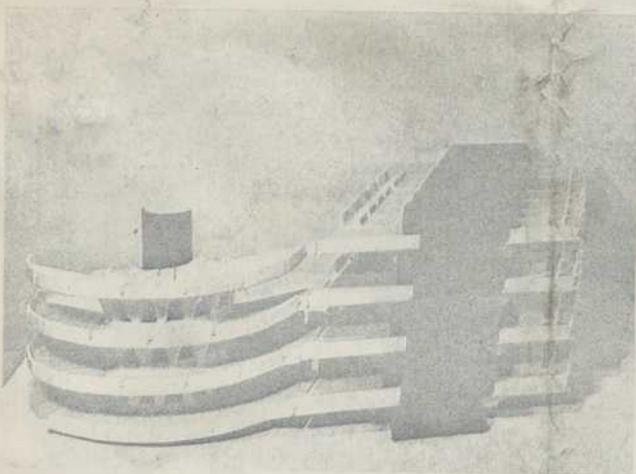


C R Ó N I C A D E P A R Í S

Por JULIÁN GÁLLEGO



PIERRE SIMOND: Escenografía para la «Tetralogía» de Wagner (Bienal de París).



R. PISSARD y el equipo de Besançon: Garaje celular por elementos prefabricados (Bienal de París).

FELICIANO HERNÁNDEZ: Escultura (metal pintado) (Bienal de París).



LA SEXTA BIENAL DE LOS JÓVENES

Hay honores pesados; y uno de ellos es, sin duda, el que, sin merecerlo, me ha hecho Francia al invitarme oficialmente, por boca de su Ministerio de Negocios Extranjeros, a formar parte del Jurado Internacional de la Sexta Bienal de París. Nunca, como crítico, he tratado de erigirme presuntuosamente en juez; me basta ser un testigo fidedigno de lo que está sucediendo en París, en la esfera del arte, desde hace quince años. Esa halagüeña invitación me ha convertido en juez por unos días, uno de los «doce hombres justos» de diversas nacionalidades que se han visto, de la noche a la mañana, con potestad para discernir, entre mil alaridos artísticos, cuál es la voz del cisne. ¿Cómo ser buen testigo, tras haber sido juez? ¿Cómo alabar lo que no fue premiado, aun advirtiendo que mi voto era sólo uno entre los doce? ¿Cómo echar sobre las espaldas de mis colegas, amparado en el secreto de muy laboriosas y honradas discusiones, las decisiones que ahora no me convenga apropiarme?

Pero si el «yo en un autor es siempre odioso», en un crítico llega a lo insostenible. Concluyo aquí estas justificaciones y paso a dar lugar a las obras expuestas, durante un mes, en los dos Museos de Arte Moderno de París, y que han enviado artistas de cincuenta países. El número de los artistas es más difícil de aquilatar, aunque se admitiera como «arte» todo lo expuesto; ya que en muchos casos, una sola obra es producto de la actividad de varias mentes y de varias manos. La Bienal ha reservado un lugar primordial a los trabajos de grupos y de equipos, en los que consiste, más que en la edad de los expositores, su carácter más original. Por ejemplo, en el caso de Francia, representada por un solo pintor, un escultor, un grabador, un fotógrafo, hay veintiocho obras de grupos y equipos, más veinticuatro

de arquitectura, también producto de colaboraciones. Como la cuantía de los premios (veinte becas, sin orden de prelación entre sí, por lo que no cabe hablar de primer premio, etcétera) no varía, sea la obra fruto de una o varias personas, si el número de éstas es cuantioso pueden «tocar a poco». Pero lo que más importa es la gloria (o por lo menos eso es lo que han venido diciendo los artistas desde hace siglos), así que los seis equipos laureados han de darse por contentos. Ellos son el grupo belga de **Van den Abeel, Van Snick y Plompen**, autores de una especie de sensacional construcción, formada por tres partes o celdas, de gran tamaño, cada una de las cuales de un ámbito contrastante con las otras dos (una de enormes marcos de madera pintada de vivos colores, otra de rejillas, otra de una especie de molinillos metálicos) y que titulan *Tres ambientes en construcciones paralelas*. Habrá quien piense (si es que ha logrado entender algo en esta confusa descripción) que eso son artes decorativas. Pero hace ya varios años que el límite trazado por el siglo XIX entre el Arte puro y el menos puro se ha borrado, al borrarse, en muchos casos, como éste, las fronteras entre las Artes por las que Lessing se paseaba como melancólico aduanero. La inmensa mayoría de las obras de la VI Bienal de París son indefinibles con arreglo a las tradicionales categorías. ¿Cómo calificar, por ejemplo, el *Espacio Luminafónico*, presentado por los franceses **Descha y Demayer**, con la colaboración clasicista del coreógrafo búlgaro **Machev** y a través del cual se entra en la exposición? Se trata de una suerte de cámara oscura, iluminada por reflectores que dibujan en el suelo impecables círculos de luz; si pasamos algo (la mano, por ejemplo) por esos haces luminosos provocamos inmediatamente un so-